ASOCIACION PROMETEO

"Carlos Guido y Spano un Poeta en la Tradición"

POR

JUAN FRANCISCO GIACOBBE

Asociación Prometeo
Entre Ríos 488 - Buenos Aires

DIA DE LA TRADICION

ADHESION DE LA ASOCIACION PROMETEO

1 9 5 4

"Publicaciones Prometeo"

Juan Francisco Giacobbe:
"Poesías 1936 - 1951"

Juan Francisco Giacobbe:
"Los Encuentros"

Horacio Armani:
"La Música Extremada"

Rosa Claps de Cagnoni:
"Un Mundo que muere,
un Mundo que nace"

Horacio Pedro Picasso:
"Anticresis"

Juan Francisco Giacobbe:
"Carlos Guido y Spano:
un poeta en la tradición"

ASOCIACION PROMETEO
Entre Ríos 488 - Buenos Aires

Revista "Prometeo"
"Informativo" de las actividades de la Asociación

INTRODUCCION

La Asociación Prometeo ha querido celebrar el Día de la Tradición del presente año, con una publicación en la que se pusiese de manifiesto el juicio de un poeta de la generación actual, sobre la obra y la persona de otro poeta que sin ser de la generación anterior, no ha perdido aún su grado de vecindad y eslabonamiento en la historia de las letras argentinas.

En ella se consignan las expresiones y los sentimientos que sobre Carlos Guido y Spano expone Juan Francisco Giacobbe, a través de una interpretación realizada, no solamente sobre la letra editada, sino sobre el recuerdo vivo de seres que convivieron al poeta le han ofrecido en la simpatía de la amistad y en la unidad del amor patrio.

Con tal publicación, la Asociación Prometeo cree cumplir con el primer postulado que la tradición debe tener en su acción humana y evolutiva de los pueblos que es: aclarar los planos de la conciencia histórica y tratar de poner un mayor grado de comprensión y de inteligencia entre las diferentes generaciones que deben formar la unidad histórica de la Nación.

I

Nunca podré olvidar la alegoría que un amigo mío, anciano y lleno de nobleza, (con aquella ancianidad que convence y con aquella nobleza tan sellada de indiscutible experiencia), me contaba en una tarde feliz en mis días de aprendizaje de la verdad histórica.

Su alegoría que tenía toda la trama de una invención, pero que en verdad no era cuento sino convicción de una larga experiencia en la claridad de un espíritu ecuánime, decía más o menos así:

—"Un día, mientras trabajaba para indagar el misterio de la historia de... me quedé dormido sobre el filo mismo de la remembranza.

En el sueño se me presentó, muy naturalmente, un ángel. Habló y me dijo: Soy el Angel del Juicio.

Como yo me asustara creyendo que había llegado al linde de la muerte me serenó con una confiada sonrisa:

"No, no temas. No soy el Angel del Juicio final; soy el Angel del Juicio común, del juicio de la vida humana".

Y me llevó hasta el centro de un recinto tan alto, tan alto, que ningún ojo humano podía percibirle el fin. Dentro de ese recinto, el mundo de la vida humana iba y venía con sus innumerables seres y con sus incontables hechos, pero yo no podía distinguir sino lo que sucedía a mi lado. Sin embargo, más allá del campo de mi visión y en todas partes, la vida se desarrollaba con la misma ley y sobre la misma escena, pero nadie podía ver más lejos de su lugar, ni nadie podía precisar en su memoria más que una acción a la vez, y esta acción era la propia en su propio ambiente, y nada más que la propia.

Después de esto, el Angel del Juicio, me acompañó fuera del recinto. La fachada inmensa se perdía hasta lo infinito del cielo, y por ser tan alta, se distinguían solamente las arquitecturas que el ojo podía alcanzar a ver, pero más allá, los bellos detalles desaparecían en la luz tenue, y nadie podía tener un sentido preciso de todo el conjunto.

Poco después, el Angel del Juicio, siempre afable, siempre sonriente, me condujo por los alrededores del edificio, cuya extensión parecía inacabable y cuya apreciación podía ser considerada solamente por partes y nunca en su totalidad, porque, así como el edificio no ter-

minaba hacia lo alto, no terminaba tampoco hacia lo ancho ni hacia lo largo, y por ello, todo se percibía en partes sucesivas y jamás en síntesis.

Yo estaba un poco perplejo en el sueño porque no sabía qué era lo que se proponía el Angel con todo ello, pero él seguía en su mudez amable, y me llevó hasta una de las balaustradas altas del edificio. Me puso de frente ante lejanos paisajes, que por ser tales, aparecían completos como cuadros y se me presentaban con la estática bien compuesta de una totalidad plástica y como frisos armoniosamente inmovilizados en la piedra.

Y el Angel del Juicio habló a la conciencia despierta del cuerpo dormido.

—"Como ves, estamos en el templo del Tiempo y por lo mismo, en el recinto de la edad, que es como decir que estamos en el recinto de la *vida temporal*. Estando dentro de él, ¿has podido apreciar la verdad de la vida hasta su *máxima altura*?

Desde el fondo de mi asombro le contesté negativamente.

—"¿Has podido juzgarla en toda su extensión y en toda su síntesis"?

Con certeza le tuve que contestar que no.

—"¿Has podido verla en toda su plenitud, y juzgarla en toda su diversidad, en toda su evidencia, y en todo su secreto?"

Desde el fondo de mi asombro volví a contestarle que no.

—"¿Has podido ver algo más que los actos que se producían a tu alrededor, y aún más, has podido verte mientras actuabas, y pudiste controlar, tú, en ti mismo mismo, la escena de tus propios actos?".

Mi asombro se quedó en un silencio que afirmaba una verídica negativa.

—"Mira hacia adelante ahora".

Miré. El templo del tiempo se sumía en una lejanía de luz, casi infinita como su propia naturaleza.

—La inevidencia, la incerteza, la imagen en la superficie de un plano lejano, ¿verdad?

Asentí.

—Y, ¿qué estás viendo desde esta terraza del tiempo? ... Cuadros, en la estática de una plástica lejana; frisos en la piedra inanimada; figuras de la muerte puestas en una lejanía en la cual ya nadie puede penetrar. Si quisieras ir hasta esos mundos de las lejanías, estarían siempre tan alejados de ti, como tú lo estás de tu origen y de tu futuro. Mira bien hacia los polos del tiempo. El que está atrás tuyo y hacia

el cual tienes que volverte, es el tiempo de la historia. Aquel otro que se pierde en la luz que está por venir, es el futuro. Como ves el *ahora,* no tiene más historia que la de su natural y misteriosa verdad en el acontecer, (no siempre analizable), de cada acto vital, y a esa historia, nunca la podrás precisar en la totalidad de la verdad ni en la certidumbre del juicio.

Mi asombro se encerraba en el secreto de la propia conciencia.

—*Podrás verlo todo de tres modos* —continuó el Angel— o, desde la vecindad del *ahora* que te limita la infinitud de la verdad del tiempo; o desde la estática del *ayer* que *mineraliza* al tiempo; o hacia la suposición del *futuro* que te *inventa* al tiempo. Pero nunca podrás juzgar ni ver lo verdaderamente cercano a ti en toda su extensión ni en toda su hondura. Los actos, como las generaciones inmediatas, no pueden ser vistos ni desde el ahora ni desde el ayer. Necesitan siempre de *un mañana,* que esté después de la muerte de la edad; un mañana, que reduzca la infinitud del tiempo vivido a los límites de un cuadro que caiga bajo la totalidad del ojo para ser juzgado en el significado de su síntesis. Por ello, la historia de las generaciones inmediatas es siempre parcial ya que le falta casi invariablemente: unidad temporal (que es como decir unidad óptica); le falta, síntesis de visión y por ello no tiene realmente, *unidad de sujeto*...

En la inmensidad del recinto del tiempo, la vida seguía procediendo en su viaje hacia la eternidad, siempre con escenas parciales.

El Angel del Juicio siguió en su tono convincente y afable.

—"Así como tu ojo no ve más que una faz del mundo que es siempre la que le está enfrente, así tu juicio, no puede ver más que una faz de la verdad, que es aquella faz *que la vida le presenta.* Por ello, el juicio sobre las acciones, las intenciones, las voluntades y las realizaciones de aquellos con quienes convives o han convivido cerca de tí, no puede tener más que una sola faz, que no es nunca *ni toda,* ni la *única* verdad. Por ello no trates de enjuiciarlo todo, sino de *comprenderlo todo,* que significa que vas a reducir a tu posibilidad de entendimiento y a tu claridad de visión, la visión innumerable de los seres y de los actos, a través de tu buena voluntad y de tu conocimiento. Y aprenderás, que serás siempre *un intérprete* que, cuanto más conscientemente dado esté al motivo de la interpretación, cuanto más hondamente sacrificado se entregue a la causa final de su principio y que, cuanto más amorosamente esté entregado al origen de la causa, tanto

más verídico, justo y sensible, será en el hecho ejecutivo de ordenar a la crónica de la vida que pasa".

Mientras el Angel hablaba, la nave del templo del tiempo seguía serenamente su rumbo a través de las gentes y las horas.

Y el Angel continuó:

—"Quien desintegra la acción de lo cercano, desconcierta la virtud de la verdad, y víctima del desconcierto que promueve, se desconcierta".

"El juicio que viertas sobre la acción de tus padres y de tus hermanos, caerá sobre tí en la misma medida de querer o de sin razón con que lo viertas, y cuanto menos quieras reconocerles a éllos, tanto menos tendrás tú, ya que no eres más que una consecuencia fatal de éllos

"En la vida de los pueblos y en la historia de las generaciones del y una dependencia inevitable en la armonía temporal del origen".
mundo, si el buen amor no asiste a la acción de los tiempos inmediatos, CAIN y ABEL estarán siempre presentes bajo el mismo techo paternal, y Saturno y Júpiter se repartirán las luchas enconadas del poder. Saturno comiéndose a sus propios hijos. Júpiter condenando a su propio padre".

"La verdad histórica tiene una sola razón: la del *buen amor* que ordena las relaciones de la consanguineidad de las causas y de los fines; buen amor que da origen a la *comprensión benevolente* que acuerda a cada acto humano, una partícula de inocencia que siempre lo puede salvar ante la inmensidad de los absolutos"...

El Angel se calló un instante para dejar oír el murmullo casi oceánico del presente de la vida circundante. Después continuó con más sencillez que antes.

—"La vida adquirirá su signo de bien y de paz, cuando los juicios, en cambio de escribirse con la sangre y con la tinta, se escriban con la conciencia indeleble de la benevolencia, que no es jamás favor, sino verdad equilibrada de la comprensión en la euritmia de las posibilidades humanas".

"El triunfo de los demás te situará en el triunfo de tí mismo"...

Fué un remolino de luces sonoras, y el sueño se rompió.

Ante mí —continuaba en su serena ancianidad mi amigo— iluminados por una luz artificial, se mezclaban en desorden, recortes de diarios, pesados libros de historia, crónicas y crónicas.

Eran los desechos del tiempo con los cuales mi juicio trataba de *argumentar* una vida tan cercana a nosotros que no se la podía ver en

la estática de un pasado remoto, y tan trabada a nuestra vida, que no podía negarse que hubiese sido un poco nuestra.

En el fondo de la conciencia, el misterio del sueño comenzaba a hacer su nido.

Traté de seguir los consejos amables del Angel.

Ni con sangre ni con tinta. Con amor. Con todo el amor posible dentro de la razón humana.

Para que bajo el techo de mi padre no estemos como Caín y Abel, y para que en nuestro tiempo no se repita el mito de Saturno y Júpiter...

Así terminaba la alegoría de mi noble amigo. Esta alegoría que no guarda relación con lo que sigue, porque es muy difícil poner en práctica las lecciones de los ángeles, de los ancianos y de las experiencias del alma.

Sobre todo cuando esas lecciones aconsejan no escribir: *ni con sangre, ni con tintas, CON AMOR.*

II

Este es el recuerdo de la vida de un argentino (o más bien dicho de un porteño) que, siendo de un gajo prócer de la historia no quiso ser militar y que siendo de abolengo social no quiso ser ministro, ni doctor, ni profesor, ni maestro diplomado, ni párroco ni obispo, sino sencillamente *poeta*. (No nos admiremos mucho de tal elección, las almas descendientes del azul mediterráneo de la idealidad latina, serán siempre en el corazón de América un jirón de lirismo en el ansia de lo perdurable).

Este es el recuerdo de un porteño que, lleno de esa salud que las sociedades confiadas y despreocupadas dan a sus hijos, aceptó como una dulce cruz el significado del dolor y, postrado, tullido, inválido, hijo del azul de una Argentina azul, nunca se rebeló contra el dolor, nunca perdió su ritmo de condolencia humana, y tuvo como el signo estoico de agradecimiento cristiano, una sonrisa sobre la pena y una lágrima silenciosa sobre el desgarramiento terrible de la vida.

Símbolo de una sociedad, de un ideal y de una fe, tamizadas en la sangre, en la persecución y en el odio, esa edad que surge de una guerra civil y se cierra en una guerra universal, prefería ser resigna-

damente buena y sencilla. Y así, un poco a la buena de Dios y otro poco en la sencillez de una vida espaciada entre patios interiores y ventanas a la calle de un mundo que honradamente sabía vestirse de domingo, hilaba una historia y componía un futuro.

Tal vez toda la sociedad de entonces esté representada en el símbolo sensitivo y desventurado, amable y acogedor de Guido y Spano. Mitad de su historia rumbea al aire libre de una juventud despreocupada y ensoñada por vagos ideales clasicistas, y otra mitad pasada en el encierro, en la postración en recuerdo de íntimas bondades y en la remembranza de adoradas gestas. Pero nunca perderá su línea de espíritu, nunca renegará de su imperativo de bien, y entre una duda más literaria que real, y entre un exotismo más casero que xenofilo, seguirá siendo evangélica y doméstica, sufrida y tenaz.

Y el canto que es siempre un recuperarse en los designios eternos, acompañará a la lágrima y a la risa, a la paz y al dolor.

Esta es la historia de un hombre (y de un pueblo, ¡qué hermoso también, de un pueblo!) que, teniendo una espada suspendida en la pared de la izquierda de su casa, y una bolsa de oro en la pared de la derecha, prefirió tener entre sus manos y muy cerca del corazón, la vieja cítara de los bardos caseros, y cantó rimas de entrecasa, y afectos honestos y naderias de todos los momentos de una vida casi insignificante, ante el drama lírico wagneriano de la historia del universo. Esta es la historia de un argentino que, aceptando como una dulce cruz a su dolor, quiso cantar con verso agradecido en los días de una crónica casera los pobres actos íntimos de esa íntima y desconocida América. Tenía una cabeza agrandada por la melena inmensa y la barba profetal, sobre un cuerpo mediano y rechoncho. Símbolo de América joven y confiada, cuando la salud lo exaltaba en su dicha solar, vestía con la oriundez de un magistrado o con la monoclámide de las edades clásicas.

Tumbado en la cama, la enormidad de su cabeza lo hacía más gigantesco de lo que era, y siendo más bueno, más humano y más sufrido, sabía decir las gentilezas más fraternales y los cumplimientos más dignificantes.

Puesto en la solemnidad de su dolor, sabía estarse en cruz, con un verso, una rima, una melodía y una sonrisa, entre las barbas y las cabelleras viejas y cándidas, como esta vejez y esta candidez de América, y prefería por sobre todos los dones: *ser un hombre de bien.*

III

Manufactureros de una historia de embutidos, charcutidores de las substancias del estilo y del canto, mirad un poco más allá de vuestros intereses de preceptiva literaria desmenuzada en trozos y adobada para ser puesta dentro de la tripa niveladora de vuestra crítica interesada. Momificadores de la poesía, mirad más abajo de las representaciones de la materia esclava, de la materia sorda; descubrid las razones de ser del espíritu. La malva, la menta, la manzanilla y el anís, no tienen flores sublimes como los rosales, ni maravillas deslumbradas como los lirios, ni adusteces simbólicas como los laureles, y sin embargo son, en su descuido de pobres yuyos incultos, afables y serviciales, en la tisana humeante de consuelo y de pereza de sobremesa.

No importa si la materia poética de Guido y Spano, no tiene la reciedumbre del roble huguiano ni el clasicismo modulante de Keats, ni tenga la atracción de los venenos profundos de las flores del mal de Beaudelaire, ni tenga encarnaciones de rosas como en Verlaine; no importa que no esté en los grandes escaparates de las florerías de lujo, y por ello no pueda ser lucida sobre la vanidad de la sabiduría como una superfluidad más (que así comercia la humanidad erudita al tesoro del genio, adornándose de él como de galas propias, mientras en vida lo desprecia y lo aniquila), no importan que su materia no pueda venderse a alto precio en los intercambios de las grandezas de la creación humana, él, Guido y Spano será una necesaria mata balsámica, una menuda flor de esas que no necesitan de las habilidades de jardineros para manifestarse, sino que nacen así, espontáneamente de las ternuras del rocío, de las bondades incontrolables de la llovizna y de la misteriosa universalidad del sol.

Criaturas de una naturaleza descuidada, pero criaturas de la naturaleza al fin, hay criaturas de arte que no llegarán nunca a tener nidos entre sus hojas, ni florecerán ante el espectáculo alto de las estrellas, pero tendrán un lugar en el secreto del aroma y una calidad en la sencillez del gusto.

Así como hay un arte entronizado en el gesto del genio, hay un arte de entre sábanas honestas y de manteles cotidianos y de intimidades insignificantes, Al fin de cuenta, la paz tan proclamada por la

sociología, tan anhelada por la fe y tan buscada por la filosofía, no consiste sino en la reducción de lo poderoso a la sencillez de la insignificancia, y nada vale más para el secreto de la vida que la ternura sin afectación y el amor sin apoteósis.

La mata olvidada que nace a ras del suelo, está también contenida en el orden perfecto del amable poema de Dios.

IV

Este es el recuerdo de un porteño que tenía en la calidad de su alma una de las herencias más bellas de la estirpe humana: *el hogar*, y en el hogar, *la familia*. Era por lo mismo un rimador del afecto hogareño y un cantor de las convivencias comunes y minúsculas de la familia. La exaltación de su verso, por lo mismo no podía llegar ni al erotismo maldito ni a la tragedia sobre alto coturno. La vida de todos los días no tiene más que rimas repetidas y la existencia casera no encuentra más acogida ni más novedad que la de los lugares comunes. Para las almas domésticas, *el lugar común del lenguaje* está lleno de significación; los giros cursis y vulgares tienen la misma amabilidad que los caminos repetidos y habituales de las puertas y los corredores de la casa que todos los días llevan desde la cama hasta la calle, desde el comedor a la cocina y desde la sala hasta el patio. Hay poetas que, como en la imagen evangélica de Martha, están sometidos a los quehaceres caseros de la vida. América toda tiene esa activa semblanza de estarse ocupando de los menesteres propios del hogar y de la mesa, y halla la significación de su vida solamente en esa atenta servicialidad a la historia del mundo.

El alma porteña de entonces, era así, un alma Martha. Muy llena de quehaceres, muy llena de atenciones, muy llena de cuidados caseros, y el afecto si no llegaba hasta las cumbres de la metafísica, no llegaba tampoco hasta el asco de la degeneración.

Por ello, este es el recuerdo de un poeta que, habiendo querido ser hombre de bien, no dejó de cumplir con el precepto bíblico de la paternidad y con el deber evangélico de la unidad en el sacrificio del amor familiar.

Sus versos no tendrán los altos y bajos de las angustias y de los

abandonos de las traiciones y de los adulterios; no serán ni siquiera realistas en un mundo de verismo integral, pero tendrán aquel dejarse estar del alma normal que conoce la ley del acatamiento en la armonía de la convivencia.

Versos insulsos, incoloros e insignificantes como el agua, para quien ha llegado al placer del vino y del licor; pero como el agua, sinceros, modestos y *útiles*.

At Home, Happy New Year, esconden, bajo el título extranjero, un modo de ser porteño en el consejo al bienestar hogareño, a la virtud de la casa y a la cristiandad del afecto. Versos que recuerdan aquí y allá los consejos confortables de Horacio y que quieren ser también clásicos en el corte y en el tono, pero que no alcanzan a cubrir la presencia del mate silencioso, ni la modestia paisana del puchero, ni la simplicidad elemental del asado. Tienen el aliento breve y concertado del aroma de las manzanillas y de las mentas en los patios abiertos a los vientos y a las lluvias, y de no, ese caduco perfume del jazmín del país cuyas flores tienen la vida de una mariposa.

Y aunque este porteño, que prefirió ser poeta pero que terminó siendo padre, haya querido dominar el verso sáfico y la lira apolinea, tuvo que resolver la temática de su canto en los lugares comunes del afecto y elevar su confianza en la madre, en el padre y en el hermano, y por sobre todos, en la hija. Su verso *A mi hija María del Pilar,* ya con la ingenuidad de ese posesivo patriarcal, es la más alta expresión de esa confianza casera, de ese afecto que se confiesa en la posteridad de la hija y se redime en la verdad de la pureza reengendrada.

V

Este es el recuerdo de un poeta porteño que habiendo visitado las bellezas del mundo, que habiendo viajado por las tierras más ricas en civilización, en poder y en historia, amó, con amor de hijo que recibe, y de padre que engendra, la sencillez de su lugar natal. Más allá de la inconciencia que la vida vegetativa da al individuo, más allá de la bestialidad que el hábito y el instinto prestan al hombre, este porteño que había vivido el espectáculo de Brasil, la gloria de Roma, el encanto de Nápoles, el júbilo de París, el vigor de España y el secreto todo del

sensualismo y la inteligencia de Europa y de América, este viajero feliz, que como muchos otros pudo hacerse peregrino de extranjerías y amante de ausencias continentales, este punto de intersección en la rosa de los vientos de las generaciones (que así es siempre el criollo en el abolengo etnológico) se centró en la verdad de su lugar y supo defender la significación de su afecto con versos que quieren tener la improvisación del trovador y la popularidad del trovero. Desde la altura de una cultura atildada y académica, no temerá expresarse en versos que pueden llegar a ser ramplones para los defensores de las cultiparlas conservatoriles, pero que llegarán a encender el fervor en los payadores y el entusiasmo en la juerga honesta y limpia de las fiestas porteñas: "*He nacido' en Buenos Aires*" afirmación, no de una petulancia ignorante, sino del que sabe, y por amor defiende; del que conoce lo superior, y por afecto proclama la hermosura de lo que nunca podrá renegarse en el crisol del corazón: la hermosura indiscutible de la casa natal.

Pero así como canta el abolengo de su porteñismo, se exalta en la veneración de la tierra labriega en versos de bello cuño clásico:

Madure el sol en el trigal la espiga,
Cunda la vid en la desierta pampa...

y en su cultura, civil y cristiana, encontrará el amor a la universalidad de la convivencia humana acentos para decir

Que sea al extranjero nuestra tierra
dulcemente gentil y hospitalaria.

Por ello no es raro recordar que así como cantaba a la patria, cantase a Méjico y a Italia y Francia con agradecido fervor cultural.

Y por ello no es raro tampoco que ya entrado en los noventa años, con muchas décadas de sufrimientos sobre su cuerpo maltrecho, renovase en su voz vieja como la historia de un siglo el fervor del "Oid mortales el grito sagrado" con una memoria infalible y una fe vibrante, que hacía estallar las lágrimas a su alrededor.

¡Qué me importan los desaires
Con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte
He nacido en Buenos Aires.

VI

La anécdota de un hombre de bien puede ser a veces la imagen de todo un pueblo de bien.

La estadística de la riqueza de una nación no obliga a creer de que todos los que viven en la nación gocen de ella. Las cigarras de la fábula no van a dejar de existir porque la moraleja se haya hecho ley. Habrá siempre en los cantores de la luz una aspiración a la belleza que, habitualmente no amasa el pan y que no fecunda los intereses de los billetes de banco, pero en el orden de la creación tanto como en el orden civil, las cigarras siguen existiendo tanto como el amor al ideal y a la necesidad desinteresada de la belleza. Los pueblos meridionales, en su propensión a ser creadores de bellezas solares, son siempre un poco cigarras. La Argentina lo ha sido siempre y Buenos Aires lo ha sido más. Un auténtico porteño como Guido y Spano no podía de dejar de ser cigarra. Por lo mismo no siempre iba a abundar el pan ni los huevos para la tortilla en su casa. Todo por esa maldita costumbre de amar las cosas bellas.

Así fué que, una tarde Guido y Spano volvió ufano con un envoltorio y se dirigió hasta la mujer que, desde la muerte de la esposa, con aquel celo que solían tener las amas de llaves por entonces, atendía a la economía y el orden en la casa de la cigarra y... de las cigarras.

—He conseguido una verdadera obra de arte —le dijo triunfante el poeta—. La mujer, con aquel definitivo de conducta que tienen todas las aprensiones económicas dijo:

—Está bien, pero no se cómo se va a hacer la tortilla para esta noche con esa estatuta, o cómo va a sacarles el hambre que los chicos van a traer ahora cuando vuelvan de jugar como desalmados en la calle.

El poeta siguió admirando la obra magnífica y mirando con augusta confianza y con certero éxito a la mujer dijo:

—No te aflijas. Yo conozco a mis hijos.

—Vamos a ver —dijo con el desafío de los administradores de materialidades, la mujer.

Los hijos volvieron con el hambre redoblada por el juego. Guido y

Spano los llamó; los reunió alrededor de la obra de arte y les transfundió su entusiasmo. Fué la identidad en la admiración y en el goce. La belleza había hecho olvidar el imperativo del hambre. El poeta miraba con un triunfo espiritual y sagrado a la mujer celosamente servicial.

En muchas partes del alma meridional de América ha pasado y seguirá pasando así. Un verso, un canto, un bordado, una estatua harán olvidar más de una penuria necesaria, porque aquí, la tierra sabe enseñar el equilibrio del gusto, y por sobre todas las acciones, la tierra que es cristiana y es caritativa, sabe practicar más allá de todas las esclavitudes económicas la dulce y la humana ley del: FIADO.

Y la cultura, la educación, el arte y el amor al futuro tanto en la Argentina como en América, tienen una tradición y una experiencia bien cimentada en la piedad y en la confianza del: FIADO.

VII

Hay una edad del alma que se llama: edad de la correspondencia. En esa edad, al ser le gusta tanto ofrecer como desea recibir. Una actividad armoniosa de la delicadeza hace que, los hombres se correspondan en el agasajo o en el intercambio de la vida. Pero esa armonía para ser tal, es decir para ser armoniosa tiene que ser desinteresada. No es por ello el caso económico del "do ut des" más o menos materialista o más o menos pragmatista, sino el tono de una educación de la gentileza, por medio de la cual, el alma se hace cortés y otorga en razón de una representación sin precio y con una sensibilidad sin avaricia.

Por herencia de los bienes de la cultura mediterránea el alma argentina ha guardado siempre el privilegio de la correspondencia en la dignidad de la vida. La ha conservado como un título de honor, al margen de cualquier ficción, de cualquier plan falsamente filantrópico, y al margen de todas las artimañas políticas. La contraseña de lo verdaderamente argentino está en vibración de la correspondencia en la intimidad de la vida.

Hubo épocas que esta correspondencia no solamente fué esencial sino que llegó a hacerse epistolar y postal.

Guido y Spano perteneció a esa edad del alma argentina en que; aparte de la dignidad íntima de la correspondencia humana, se tenía una abundante y sostenida correspondencia postal y epistolar.

Cuando el mal lo invadió definitivamente en su cama, no pudiéndose él llegar hasta el mundo ni el mundo hasta él, los dos se entendieron a través de la cordialidad viviente de las cartas y las postales.

Epoca sobreabundante de decorativismo expresivo, el *liberty*, se prodigaba en las postales portadoras de flores, y cintas, y palomas en cielos de celuloide y en panoramas de tenues bordados con puntillas y sedas. Una finura al alcance de todos los bolsillos se ofrecía a la selección y al gusto, y al afán de regalar con el recuerdo indeleble a los seres en correspondencia llenaba los albumes y las consolas.

Hay una riqueza (que tiene a primera vista los visos de una superfluidad para alcanzar después un aroma sensible de alma agradecida), en el incalculable epistolario y en las innumerables postales que Guido y Spano sembró a todos los vientos. Su alma de "aprisionada en el mal" tal como él mismo se llamaba, se abría a la comunicación de todos los que lo querían, lo reverenciaban y lo admiraban, a través de esas hojas ordenadas por una precisa caligrafía horizontal, llenas de tenues confesiones y de agraciados cumplidos. Como Verdi, Guido y Spano realizó una obra marginal a la suya, en su disperso epistolario, al cual le consagraba tres horas diarias de su atención.

VIII

Hay una virtud íntima y clásica de la criolledad: la resignación silenciosa. Ese estoicismo lacónico cuando no tácito, que hace del verdadero criollo un ser que tiene la pudicia del secreto del dolor y la dignidad del ocultamiento de las propias lágrimas, juntamente con el ocultamiento de la propia desgracia.

Todo ello forma parte de la herencia profundamente patética que le viene al criollo dese los siglos terribles de América indomeñable o desde las sufridas estirpes de los inmigrantes que arrastran tras de sí, no solamente arcaismos irredimidos, sino separaciones afectivas irremediables. En la raíz del criollo hay algo más que asistencia al peligro, hay humana y divinamente, asistencia al signo secreto de la desgracia. Pero la desgracia criolla, contrariamente a la suburbana, no es llorona ni se exalta en la publicidad del llanto. Llora, según el precepto del Calvario, hacia adentro y gusta la esencia amarga de sus horas señaladas, con

una altura que podría llamarse orgullo, si es que el sufrimiento pudiese engendrad vanidad.

Carlos Guido y Spano fué un digno representante de la sobriedad criolla del llanto y de la pena. Ni el uno dió como fruto una poesía grimorea, ni la otra le confirió ecepticismo a su palabra. La resignación, la fe, la confianza en la redención de los que lo rodeaban, la buena voluntad en sus juicios hizo que ya viejo, muy viejo, pudiese pronunciar y escribir una palabra que muchos han ignorado en el corazón y en la mente: GRATITUD.

IX

Nada hay más imprescindible en la verdad que asiste al desarrollo de la razón, que aquella ley del alma que nos sitúa en la revelación del origen. Y nada hay más noble y más difícil en el orden a su nobleza, que ese saber ser leal a las motivaciones de la propia tradición. No entendida como mera vanagloria de lo que ya no existe, sino como inmortal sacrificio de lo que nunca perecerá.

Hacia todas las edades que el mundo tiene, se dirige como a su fuente originaria el alma, y en todas bebe y aprende un diverso sabor de la verdad hasta que se encuentra con la única y la absoluta. Negar la polimorfía de la cultura es negarle alimento a la razón y por ende posibilidades a la verdad. Tal vez las ramas del laurel sepan en su diversidad y en su avecinamiento qué tipo de humores les llegan desde la raíz, y aún sabiéndose diversas se sepan hermanas. Bella es la razón que conoce el secreto y el mérito de su floración y de su fruto, y más bella es aún, aquella que conoce y admira la de sus similares. Cuando una cultura es verdaderamente tal, no teme adentrarse en el conocimiento de otras, siempre que la asista la pureza de intención y la nobleza de principios. Pero si se bandea hacia el plagio, hacia la imitación servil y hacia la explotación inmoderada, habrá sido infructuosa y vana en su propósito.

La verdadera tradición ni se vende ni se corrompe, porque ella está asentada en los valores eternos de la razón de ser del género humano.

No es raro por lo mismo que todos los poetas de América tentasen

la suerte de las lenguas clásicas y que se adentrasen en las modalidades de las expresiones ultramarinas. Una extraña noción de parentesco antiguo unirá siempre al criollo con el alma bíblica, al criollo con el espartano, al criollo con el romano de la república y al criollo con el feligrés de la edad media. Lo único que hay que cuidar es que el criollo sea verdaderamente tal y lleve en el centro de su personalidad la revelación de su tradición y la verdad de su fe bautismal.

Al fin de cuentas, la tradición de occidente no tiene sino un solo mandato y una sola misión, y esa misión y ese mandato tienen una sola acción distinguible y valorable: BONDAD.

Cuando tal no se produce en la historia, el alma de occidente ha sido traicionada.

Se hallarán en las poesías de Guido y Spano todos los defectos y todas las insuficiencias de la materia poética, pero perjuraría quien asegurase que no están selladas y avaladas por esa razón de la fe en la tradición que se llama: BONDAD.

X

La casa de Guido y Spano, estando ya él en la invalidez definitiva, se llenaba de regalos y presentes que manos anónimas o negocios conocidos enviaban como simpatía a ese hombre que significaba en algo la concordia de todos y la afabilidad del canto.

La casa de Guido y Spano también se llenaba de niños y de adultos, de seres humildes y de seres ilustres que como una distinción ciudadana se llegaban hasta a él para hacerse presentes ante su invalidez.

La casa de Guido y Spano era un segundo monumento histórico durante las fiestas patrias y las maestras y los niños pedían turno para desfilar delante de su cama. El, con un agradecimiento civil y cristiano, recibía a todos por igual, y como un viejo abuelito que conoce a todos sus nietos, no despedía a ninguno sin un regalo o sin una golosina. Recordaba hasta los colores preferidos por sus amigos y amigas, y entregaba con sus propias manos el regalo que siempre significaba una solicitud personal, a veces a costa de pequeños sacrificios.

Por ello su casa que se llenaba de presentes en la mañana quedaba

vacía y despojada por la noche, cuando el silencio encendía la lámpara compañera de la soledad y de la vigilia.

A ese modo de ser, a esa magnanimidad en la solicitud, se le llamaba en el lenguaje sin retórica de la tradición: *desprendimiento criollo.*

XI

El desprendimiento criollo que se asienta en el alma de la cigarra tiene que traer por consecuencia a una visita desagradable para quien tiene que vivir con las hormigas, la visita llegó un día con el nombre invariable de: POBREZA

La mujer se le acercó en el tono confidencial que la vergüenza obliga y él le contestó:

—¿Pero mujer, para qué existe la providencia ¡Hay que creer en la providencia!

Para las almas aleccionadas en la dura lección del centavo, la providencia suele ser una hipotética y fantasmal solución. Pero el poeta insistió con una paciencia confiada y esperanzada.

Al poco tiempo la mujer viene a decir al poeta que un carbonero ha llamado a la puerta y que quiere verlo.

El carbonero es introducido a la habitación. Es un viejo marchante que servía al poeta en su juventud. Ha trabajado mucho. Se ha enriquecido y ha sentido la necesidad de visitar a aquel hombre de bien, primero para manifestarle su bienestar sabiendo que lo va a alegrar, y después, para entregarle en un sobre, una vieja deuda a raíz de la cual él había solucionado su pobreza y había podido progresar.

Carlos Guido y Spano recibe con lágrimas en los ojos el sobre Llama a la mujer y le dice:

—No te dije que confiaras en la providencia.

Su alma cristiana hallaba la confirmación de su fe en la acción de la providencia y se acercaba a los motivos fundamentales de la existencia de América. Si la Providencia la ha dado al descubrimiento de Colón, la misma providencia deberá resolver el significado de su trascendencia en la divinidad del género humano.

XII

Las generaciones americanas del siglo XIX fueron generaciones que debieron luchar hacia adentro y hacia afuera la pertenencia de la propia vida nacional.

Invasiones, revoluciones, guerras civiles, llenaron los ánimos de bandos opuestos y a veces fratricidas. El americano era un ser herido o llagado desde el cuerpo hasta el corazón y desde el talón al alma. Pero nunca pudo dejar de ser acogedor y hospitalario, cristiano y piadoso, a la vez que rebelde ante la injusticia y la mentira.

Guido y Spano no podía ser menos en la severidad que en la bondad. A la invasión de Francia en Méjico responderá con un poema épico de hirientes verdades. A la revolución del noventa se sumará con las décimas de *Lauro y yedra,* en la cual se epiloga el llamado a la fraternidad ante Dios. Y del mismo modo, su musa popular y fácil se sumará a los acontecimientos de todo orden en el sentido más alto del espíritu.

Y ante todo ello, olvida su dolor, pospone su desgracia, disimula su infelicidad. Una virtud evangélica lo asiste en todos sus actos.

Tiene versos para la caridad y para la lejana Virgen india de Itatí, y un sencillo optimismo, una invariable confianza resuelven su cotidiana bondad que puede escribir en lo más alto de la cruz de sus años una palabra musitada con secreto anhelo: SOLEDAD.

XIII

Alma sensible, alma americana, alma nutrida de unidad de hogar y de intimidad de tradición, no podía quedar ajena al desgarramiento de los pueblos en las guerras intercontinentales. Una parte del corazón de América había sido mutilada en la Guerra del Paraguay. Los vencedores celebraban el rito del triunfo. La piedad no asistía a los vencidos.

De pronto una melodía floreció en todos los patios y en todas las tertulias en donde el recuerdo de la buena muerte viene a poner su

crespón en la bandera del vencedor. Niños y ancianos, argentinos y extranjeros vibraban por igual en ese canto patético y fúnebre que adquiría penetraciones de balada aborigen y de salmo misericordioso.

Un ritornello augusto y severo de llanto tropical, unía el secreto de las estirpes imperecederas con las nuevas modalidades arcaizantes.

Era un canto de Guido y Spano, el más bello tal vez y de no el más artísticamente rotundo y cumplido. *Llora, llora urutaú, en las ramas del yatay*; noble poesía popular; ofrenda de la piedad de un pueblo noble a un pueblo hermano, sobre el duelo del alma ensangrentada de América.

Y así como basta una sola estrella para ponernos en presencia de la noche, bastará esta sola poesía para ponernos en presencia de un poeta que ya en vida podía tener el gusto de ser cantado como autor tradicional y por lo mismo, como autor anónimo.

XIV

Así como toda vida acaba en una tumba, toda época acaba bajo una loza.

Las generaciones pasadas pasan siempre a ocupar un lugar en el cementerio de las edades, cuando no entran en el desamparo del olvido.

Una ley vital hace que las generaciones pongan un muro entre la ciudad viva y el recinto del cementerio.

Los hombres no quieren nunca saber el inevitable fin de su futuro y nadie quiere conocer la fosa que alberga en el centro de su existencia.

La avalancha de las edades nuevas son siempre signo de renovaciones incontenibles en el misterioso proceder del género humano. En el destino de la historia de un pueblo podrá cumplirse a menudo el terrible presagio de: "dejad que los muertos entierren a sus muertos" pero habrá siempre también la posibilidad augural de la clara parábola que dice:

Todo doctor instruído en el reino de los cielos es igual al padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas".

Y así procederán los pueblos virtuosos que tienen una fe verdade-

ra en el seno de su ideal, una esperanza redimida en el fondo de su mente y un amor purificado en la humanidad de su corazón.

Un pueblo que tiene que cancelar de su tradición a sus antepasados, se borra automáticamente en el orden armónico de la historia del mundo.

ENVIO: A CORINA ESTHER AZOCAR

Breve como la aurora.

Antigua y buena como la tradición.

Imagen de la mujer que por su amor al áula no tuvo tiempo de ser esposa.

Que por amor al niño de todos los hogares, no tuvo tiempo de formar su propio hogar.

Que sin ser madre fué madre espiritual de muchas madres y de muchos padres.

Y que enseñando siempre, desde el tiempo inmemorial en que una sola maestra tenía ochenta alumnos en sus clases, vivió la verdad de su enseñanza como quien vive la ley de Dios.

Para ella que es el símbolo de la honestidad, el sacrificio y el amor sin retaceos de la verdadera maestra y enseñó el sentido del bien y de la cruz, estas podres páginas casi dictadas por su devoción, en el homenaje agradecido al Poeta que amó como cristiano, como hombre, como argentino y como maestro.

En el bien y en la paz del alma que estando en la tradición está en lo eterno.

Juan Francisco Giacobbe.